

ANGENOT, Marc, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 228 págs., ISBN 978-987-629-134-7

Fabiana Alonso¹
 Universidad Nacional del Litoral
 Universidad Autónoma de Entre Ríos



El libro que nos ocupa es el de un autor poco traducido al español. Como analista del discurso, a lo largo de su trayectoria académica Marc Angenot ha contribuido al desarrollo de un enfoque histórico y sociológico de los textos. El primero en introducir su obra en el ámbito académico argentino fue Nicolás Rosa. Y fue en la Universidad Nacional de Córdoba donde un grupo coordinado por María Teresa Dalmasso se ocupó de traducir varios trabajos suyos, entre otros, el capítulo introductorio a 1889. *Un état du discours social*. A este libro, publicado en 1989, corresponden los cuatro textos de la primera parte incluidos en la edición que aquí reseñamos, y permiten un acercamiento a la producción teórica de este investigador de origen belga radicado en Canadá.

Angenot hace uso de la categoría de discurso en un sentido amplio, dado que incluye todos los dispositivos y géneros semióticos -pintura, iconografía, fotografía, cine y medios masivos de comunicación-, los que funcionan como vectores de ideas, representaciones e ideologías. Entiende por discurso social “*todo lo que se dice y se escribe en un estado de la sociedad, todo lo que se imprime, todo lo que se habla públicamente o se representa hoy en los medios electrónicos*”(p.22). En tanto que narrar y argumentar son los dos grandes modos de la puesta en discurso, todo lo que se narra y argumenta, constituye el discurso social que el analista procurará abordar desentrañando los sistemas genéricos, los repertorios tópicos y las reglas de encadenamiento de enunciados que hacen a la función cognitiva de los discursos y organizan lo decible en una sociedad y en un tiempo determinados. El propósito consiste en analizar los discursos poniendo de relieve cuáles son los límites dentro de los que se piensa y se escribe en una sociedad dada, así como el modo en el que los discursos divergentes y antagonistas delimitan lo que es posible decir.

La expresión discurso social comenzó a circular en el ámbito académico europeo en los años 70 sin demasiadas pretensiones teóricas, sino más bien como una noción autoevidente. Los esfuerzos de Angenot han estado encaminados a la construcción de un marco teórico y de enfoques interpretativos del material documental. En primer lugar, es necesario puntualizar que, siguiendo la tradición sociológica durkheimniana, aborda los discursos como hechos sociales e

¹ Recibido: 7/5/2011

Aceptado: 4/7/2011

históricos, con una existencia independiente de las conciencias de los individuos y de los usos que éstos puedan atribuirles. Su interés pasa por observar el sistema regulador global de los discursos, las reglas de producción y circulación, los productos, la eficacia social y los públicos que se configuran. Sus deudas intelectuales remiten a Antonio Gramsci, Walter Benjamin y la crítica de la ideología de la Escuela de Frankfurt, Mijaíl Bajtín, Michel Foucault, la tradición francesa de análisis del discurso (Michel Pêcheux, Régine Robin y Eliseo Verón) y la sociología de Pierre Bourdieu. Como él dice, las deudas no implican fidelidad total. Con esos autores dialoga (con algunos más que con otros), pero en ciertos aspectos toma distancia, para luego de un rodeo, reconsiderar sus aportes.

En la perspectiva de Angenot, indagar un estado del discurso social implica pensarlo históricamente y aislar de los hechos sociales globales un conjunto de prácticas mediante las cuales la sociedad se objetiva en textos y en lenguajes; prácticas que se relacionan con otras y con ciertas instituciones. En términos analíticos, el abordaje de los campos literario, científico y filosófico, de los discursos políticos, de la prensa y publicitarios, posibilita no sólo apreciar las apuestas y las tradiciones de cada uno de ellos sino, lo más importante, examinar las fronteras, los puntos de intercambio y de disputas, los vectores interdiscursivos, las reglas que los conectan y organizan una topografía global de la discursividad social que el analista deberá desentrañar.

El discurso social representa lo real, ordenándolo y homogeneizándolo. Ese monopolio de representación de la realidad contribuye en gran medida a hacerla. Su función es la de producir y fijar legitimidades, prácticas, maneras de ver y asegurar beneficios simbólicos. *“Los discursos sociales, más allá de la multiplicidad de funciones, construyen mundo social, lo objetivan y, al permitir comunicar esas representaciones, determinan esa buena convivencia lingüística que es el factor esencial de la cohesión social. Al hacer esto, rutinizan y naturalizan los procesos sociales”*²(p. 67). Ello no significa, en la visión de nuestro autor, que los discursos constituyan la totalidad de la reproducción social. No obstante, para que lo social funcione como explotación y dominación, los discursos de control resultan indispensables, pues la coerción material siempre va acompañada de símbolos y justificaciones.

Un concepto caro a Angenot es el de hegemonía, al cual le atribuye un lugar central en su construcción teórica pues le permite indagar las funciones propias de los discursos en la reproducción social. En tanto que instrumento de control social la hegemonía discursiva es entendida como un “canon de reglas” y de imposiciones legitimadoras, como una sinergia de poderes, restricciones y medios de exclusión que remiten a arbitrariedades formales y temáticas. Como sistema subyacente, la hegemonía permanece oculta y es tarea del analista “descubrir” las reglas de lo decible así como los dispositivos de censura que bloquen lo indecible. La hegemonía opera con un efecto de “bola de nieve”, extendiendo su campo de temáticas y de saberes aceptables, así como parámetros narrativos o argumentativos. Dos lógicas concomitantes operan en el discurso social: una de ellas reúne los factores de cohesión, recurrencia y cointeligibilidad; la otra implica factores de especialización, migración por avatares, distinción gradual, confrontaciones reguladas y particularismos. Esta doble lógica constituye la hegemonía discursiva, que pasa desapercibida al analista que sólo busca en la cultura una ideología dominante o la diversidad de las instituciones y la multiplicidad de los antagonistas.

Respecto de su estudio sobre el discurso social en 1889, Angenot señala lo siguiente: *“(...) el fin de siglo había puesto en juego nuevos fetiches, que sustituyeron a los de las religiones en decadencia: la Ciencia, ‘religión del futuro’, y la Patria, objeto de un ‘culto’. A pesar de esos múltiples esfuerzos para asegurar esta sacralización, esos fetiches ya no suscitarán la estable unanimidad de los antiguos ídolos. (...) En 1889, la hegemonía se realiza*

² El resaltado es del autor.

otra vez sinérgicamente en los campos discursivos legítimos que, por complementariedad, señalan su destinatario elegido como: hombre, adulto, burgués, cultivado y con el mandato de meditar sobre el mundo y practicar el cuidado de sí. (...) Tal vez se diga, a fin de cuentas, que he elegido un año un poco prematuro. 'Ni leídos ni entendidos' en 1889, Marx ha muerto, Nietzsche está loco. Freud, Durkheim, Simmel, Weber, William James, Wittgenstein -y esto sin contar a Gide, Jarry, Proust, Pirandello o Joyce- todavía no han llegado. Pienso, por el contrario, que las rupturas parciales con las que se relacionan estos nombres sólo cobran sentido en función de la reorientación indefinida de la lógica dominante de 1889" (pp. 90-91).

Angenot explicita que el análisis de los discursos sociales se sitúa en un lugar antagónico respecto de la descripción de la lengua como un sistema. Sin embargo, al igual que el código lingüístico, el discurso social es aquello que informa el enunciado particular y le confiere inteligibilidad. Sostiene: “(...) *hombres y mujeres están dispuestos hacia la doxa, las ideologías y los géneros discursivos de distintas maneras; el discurso social se organiza para llegar a ellos e involucrarlos de diferente modo, para estimular o para objetivar de manera variable sus simbolizaciones primarias*”³ (p.83). Ahora bien, ¿qué importancia es otorgada a los individuos en relación con la topografía global que configura el discurso social?. Apoyándose nuevamente en Durkheim señala que los seres humanos somos presas de la ilusión que nos hace creer que nosotros mismos hemos elaborado aquello que se nos impone desde afuera, subestimando los constreñimientos que condicionan nuestras elecciones. Asimismo, en una perspectiva que recuerda, en cierto modo, a la de Bourdieu (autor que, por otra parte, suscribiría la afirmación precedente), Angenot señala que es posible realizar un trabajo crítico que, aprovechando los márgenes e intersticios que deja la hegemonía, pueda “*dominar la dominación*”.

La segunda parte del libro contiene tres trabajos que tematizan distintos campos y modalidades discursivas. El primero, en el cual Angenot despliega una notable agudeza interpretativa, es una reflexión sobre las prácticas pictóricas en relación con las exigencias de un “arte social” emanadas de los medios socialistas y anarquistas hacia 1870. A partir del interrogante sobre los problemas para conciliar el arte con alguna aserción de verdad cívica o histórica, examina la emergencia del calificativo realista aplicado a la pintura, las polémicas que ello trajo aparejado, la representación del trabajo preindustrial y el realismo victoriano, hasta llegar a la estética realista-socialista en su variante soviética, que recuperó las tesis desarrolladas en Europa occidental durante los años de la Segunda Internacional.

El texto siguiente es un ensayo que discute la idea de reciclaje del hecho religioso en la modernidad política. Pasa revista a una serie de obras de un conjunto de filósofos cristianos de orientación tomista quienes sostienen, con variantes, que todo el pensamiento moderno -desde Turgot y Condorcet hasta Marx, pasando por Comte y Hegel, las modernas filosofías de la historia, la tesis del progreso y las ideologías que de él derivan- constituye una secularización de la escatología cristiana. Angenot puntualiza una serie de objeciones a este paradigma genealógico según el cual las grandes ideas de la modernidad sólo pueden explicarse por su génesis, desatendiendo las rupturas cognitivas. En este sentido, rescata la obra de Hans Blumenberg, el único filósofo que se tomó el trabajo de realizar una refutación sistemática de la tesis de la persistencia, a la que califica como una concepción ontológico-sustancial de la historia de las ideas.

El tercer texto es teórico y está dedicado a la renovación de la retórica. En la perspectiva de Angenot, “*si la retórica quiere observar el mundo social y dar razón de él, en vez de ser esa 'ciencia' idealizada, irénica, contrafáctica y, sobre todo, vanamente normativa de debates bien regulados y elocuencia eficaz, debe abandonar el estudio de los desacuerdos nacidos del incesante intercambio de 'buenas razones' para abocarse al análisis de los malentendidos de la*

³ El resaltado es del autor.

comunicación argumentada y al estudio de las divergencias y contradicciones de las estrategias argumentativas y de las rupturas cognitivas”(p.173). En la crítica a los que denomina tratados intemporales de retórica inscribe su hipótesis sobre la existencia de cortes de lógicas argumentativas. Reclama así para la retórica el estudio teórico y empírico de las divergencias en las maneras de razonar y de la diversidad de cortes argumentativos. Una historia retórica debería abocarse al estudio de la historicidad de los tipos de argumentación, los medios de prueba y los métodos de persuasión en coyunturas históricas determinadas.

Cierra el volumen un diálogo del autor con Laurence Guellec, profesor de literatura francesa de la Universidad de Poitiers. En la entrevista Angenot repasa su trayectoria intelectual desde que, en los años 80, comenzara a elaborar una teoría del discurso social. Explicita las intenciones programáticas de su trabajo, así como sus investigaciones pendientes. También se explaya en su investigación actual junto a la socióloga e historiadora Régine Robin, centrada en los regímenes de memoria y olvido (y de borramiento activo) del pasado en las sociedades contemporáneas. En paralelo y en relación con esta cuestión, Angenot plantea los ejes que estructuran su actual investigación historiográfica y de filosofía política sobre los grandes relatos de la historia moderna y de las “religiones seculares” que, configuradas en el siglo XIX, pasaron a la acción en el siglo siguiente.

Estamos ante un libro que abre el análisis del discurso a perspectivas sociohistóricas y por eso mismo resulta atractivo, porque se trata de un autor que no clausura sus formulaciones teóricas y sus indagaciones empíricas -que están en permanente interrelación, por otra parte- al diálogo con las ciencias sociales. Como advierten en la presentación María Teresa Dalmaso y Norma Fatała, responsables de la selección de textos para esta edición, los trabajos de Marc Angenot tienen la virtud de ofrecer herramientas a los investigadores que desde los dominios de la historia y las ciencias sociales pretendan abordar el funcionamiento de la discursividad social.

Palabras clave: discurso social – hegemonía- argumentación- historia de las ideas
Key words: social speech – hegemony – argumentation – history of ideas